

## *TODO LO ATRAVIESA*

El hombre llega solo. La casa es inmensa y el barrio, repleto de mansiones. Está satisfecho con el contrato de alquiler firmado. Piensa cuánto les va a gustar vivir en ese lugar a la mujer y a los hijos. Ellos siguen en Miami, vendrán con la mudanza. Le parece una aventura vivir sin muebles. Solo tiene una cama y una heladera. Irá comprando lo básico para evitar comer en el suelo. Esa primera noche tarda en conciliar el sueño. Está atento a los ruidos del lugar. Sus pasos hacen eco. Se entretiene espiondo a los vecinos por la ventana. Finalmente come un chocolate, mira la foto de su mujer en la billetera y se duerme.

A la semana se arrepiente de no estar en un hotel, de haber recibido la casa con dos meses de anticipación a la llegada de su familia. Las madrugadas comienzan a despertarlo con un olor indeseable. Su reacción es siempre la misma: va al baño y orina pensando en algún problema de cloacas. Cada vez que se desvela, se fastidia y juega al Tetris hasta quedarse dormido.

Le gusta levantarse temprano y ser el primero en llegar a la empresa. En la puerta de su oficina, una placa dice “Director de Marketing”, cuando la lee piensa: nada menos que de una multinacional. Jamás imaginó que algún día podría cobrar un sueldo tan alto. Dentro del paquete que lo convenció de dejar su empleo anterior y mudarse a San Pablo se incluyeron un Audi blindado y el servicio de chofer para los trayectos de mediana distancia. Su nuevo trabajo le demanda mucha energía. Estudia el negocio y el portugués de forma intensiva. De a poco va conociendo la cultura y las costumbres del lugar.

Compra una mesa, dos sillas, un libro, una tostadora eléctrica, una lámpara y un puff Fiaca. La mujer lo llama

para decirle que lo extraña. Él le cuenta que vio un tucán en un árbol. Era un pájaro enorme, su pico medía por lo menos treinta centímetros de largo. La naturaleza es impactante. Pudo sacarle una foto. Se la va a enviar apenas corte la comunicación. Comenta también que conoció a los vecinos, que son extranjeros y que lo invitarán a comer un asado. Llega la noche y se siente un poco más en casa. Disfruta de la comodidad del puff leyendo el diario, cuando percibe nuevamente el mal olor. Visita cada uno de los cinco baños. Sale al patio trasero y comprende que el olor está en el aire. Es intenso, ácido, olor a podrido.

Una mañana va con el director industrial a la fábrica. Le muestran las maquinarias pesadas y los diferentes procesos productivos. Son líderes del mercado, no paran de vender. Saltan de una reunión a otra sin descanso. Al atardecer emprenden la vuelta. Mientras el chofer lidia con el tránsito, le preguntan por la nueva vida. Él se ríe y aclara que vive como un boy scout. Conversan hasta que el olor los interrumpe. El chofer informa que tiene la ventilación cerrada. Los tres clavan la mirada en el río. Él aprovecha para decir que ese mismo olor invade su casa por las noches, que es desagradable y le irrita la nariz. El director industrial deja abierta la posibilidad de que se trate del mismo río que cruza la ciudad y pasa cerca de su barrio.

Al llegar a la casa se encuentra con la vecina y le pregunta por el olor. Ella explica que acaba de comenzar la temporada seca: las lluvias cesan, el cauce se estanca y la contaminación se evapora. Pronostica un aumento con el paso de las semanas. ¿Cómo es posible que nadie le haya hablado del maldito río? ¿Qué dirección debe tomar para verlo? Ella le indica que al salir del barrio, doble en la primera calle a la derecha y la siga hasta el fin. Él se sube al Audi y avanza quince cuadras hasta un boulevard lleno de flores. Unos metros más abajo, hay un río de aguas negras, como si fuera de brea, con olas de espuma blanca. Baja las ventanillas y observa el paisaje con cara de asco. Unas aves descansan en las palmeras. Son buitres. El río parece devolverle la mirada, despidiendo gases tóxicos.

Al final de la segunda semana sabe que el olor se hace presente alrededor de las diez de la noche y que va aumentando

la intensidad hasta la madrugada. Durante el día prácticamente no se huele. Compra un rollo de cinta adhesiva grande y esa noche sella todos los ventanales. Transpira mientras lo hace. Se siente ridículo, pero necesita intentarlo. También prende un par de velas de citronela para disimular el hedor a fuerza del perfume. Inicia una investigación por internet. En las afueras de San Pablo, donde vive, se esconde el fino brazo del río Tietê, un río envenenado por sustancias químicas. El año anterior, miembros de una reconocida fundación ecológica se manifestaron en las puertas de la fábrica de su empresa. La noticia sobre el asesinato a balazos de uno de los líderes activistas le llama la atención.

Se da cuenta de que la cinta adhesiva en las ventanas no sirve de nada. El olor todo lo atraviesa, todo lo puede. Pasa por debajo de las puertas, por mínimas hendidias, violenta los límites. Comienza a sentir náuseas. Quizá se deba a la mezcla ácida de la citronela con el aire del río. Apaga las velas, cierra la *laptop* y tarda en dormirse.

En la oficina se entera de la existencia de una causa judicial por el crimen. La gente de Legales le informa que la empresa no tiene nada que ver con aquella historia. Están diseñando un plan para limpiar los desechos químicos que arrojan al río por las noches. Estiman que en cinco años dejarán de contaminar. Es el plazo que impuso el Gobierno a las fábricas de la zona. Cinco años es la edad de su hija mayor. Cinco años dura el contrato de trabajo que acaba de firmar.

La casa se convierte en un lugar más habitable cuando por fin llega la familia con la mudanza. Su mujer, cansada por el vuelo, está contenta porque contratará dos empleadas que la ayudarán con la limpieza. Esa primera noche se duermen abrazados. De madrugada ella lo despierta para preguntarle si siente el olor. Sin esperar la respuesta se levanta para chequear los baños. Él se tapa con las sábanas hasta el hombro y se gira contra la pared. Le dice que vuelva a la cama, que probablemente se trate de las cañerías. Ella se acuesta y comenta que el olor también está en el cuarto de los chicos, que es repugnante. Él la vuelve a abrazar. Ella murmura que le arde la nariz. Él suspira y piensa: cinco años. Ya se van a acostumbrar.

## MIEDO AL SAUCE

Hoy se cumplen ocho años de la fecha que marcó el comienzo de la nueva era. ¿Cómo olvidarme de esa noche? Nos despertó el piar histérico de los pájaros. Volaban en círculos alrededor del ventilador de techo. Ensuciaron nuestro acolchado nuevo y la casa se llenó de plumas. Los había de todos los colores. Recuerdo que corrí medio agazapada por el pasillo a buscar a Pedro, que dormía en la cuna. De un tirón lo tomé en brazos, me encerré en el baño e improvisé una carpa con un toallón para protegernos de los que revoloteaban arriba de nuestras cabezas. No sé quién estaba más asustado, si él o yo. Afuera escuchaba los pasos de Juan, que trataba de espantarlos: ¡Salgan! ¡Salgan!, les ordenaba, como si se tratara de perros.

En un momento había tantos pájaros adentro y alrededor de la casa que no sabíamos si cerrar las ventanas o abrirlas. El amanecer nos salvó. Fue como si los primeros rayos del día los llamara a tranquilizarse y, de a poco, salieron. Cuando hablé con mi tía, la de Recife, me contó que allá los monos también habían enloquecido. A ese día los americanos lo llamaron *Day of Nature*. Cada familia es dueña de una historia y de su desesperada reacción al DON.

“Alteraciones en insectos, animales y plantas. Trabajamos para controlar las plagas. No tema. Infórmese”, decían los comunicados de alerta del Gobierno. Las especies empezaron a reproducirse en la mitad de tiempo. Todas, menos la humana. Porque con nosotros sucedió lo contrario: los embarazos cumplían el tiempo máximo de gestación y los médicos advertían que los bebés aún estaban inmaduros para salir al mundo. Hospitales abarrotados de embarazadas que exigían cesáreas. Obstetras y neonatólogos, consternados. Pobres bebés. Nacían flacos y con problemas respiratorios. Faltaban incubadoras.

Cada bebé superaba su permanencia en el útero a los anteriores. Un nuevo récord. Por decreto, tuvieron que cancelar las cesáreas. En ese tiempo de transición quedé embarazada de Tomás. Me trataron como si escondiera una bomba en el vientre. Mi hijo terminó naciendo a los catorce meses y cuatro días. Tres kilos pesó. Era un bebé precioso y saludable, igualito a su hermano. Cada vez que lo veo comunicándose con los pájaros me acuerdo del japonés, un anciano, maestro de reiki, que hablaba del *Homo naturis* en la televisión: “sus hijos son los fundadores de una nueva era, seres de aura dorada que hablarán todas las lenguas”. “¡Déjame de joder!”, le gritaba mi marido a la pantalla cada vez que aparecía.

Finalmente, después de años repletos de confusión, los embarazos se estabilizaron en un plazo de dieciocho meses.

Grupos ecologistas aseguran, hoy, que el DON llegó para evitar que el hombre acabara con el planeta, algo así como una medida de compensación de fuerzas.

Empecé la terapia de grupo por culpa del sauce. Sus ramas, enormes y tupidas, habían crecido hasta cubrir más de la mitad de la piscina. Una tarde cualquiera se me ocurrió cortarlo. Apenas apoyé el serrucho en el tronco cayeron pedazos de la corteza, luego del interior empezó a salir una resina marrón oscura y, cuando la hoja metálica estaba totalmente adentro, las ramas pasaron por debajo de mis axilas, enredándose en mis brazos y el resto del cuerpo. Por poco me estrangula. Menos mal que mi marido conversaba con el vecino en la calle y, al escuchar los gritos, corrieron a ayudarme. Me tomaron de los brazos y de la cintura empujándome en dirección a la casa, mientras el árbol hacía fuerza para su lado. Todavía no sé cómo soporté tanto dolor. Sus ramas me soltaron cuando dejé de luchar con la certeza de que moriría.

Por el barrio habían circulado historias de plantas que se movían sin viento, pero pensamos que se trataba de su crecimiento acelerado. El sauce se comportaba distinto. No nos dejaba salir al jardín, repartía latigazos. ¿Qué dijeron los del Auxilio Forestal cuando vinieron a analizar el caso? Que hiciera las paces con el árbol para poder circular sin peligro.

Hoy mi jardín es una jungla y la piscina, un pantano.

—Má, vení. ¡Es divertido! —dice Pedro hamacándose en una rama.

—Te dije que no tengo fuerza en los brazos. Decile a Tomás que baje de la medianera ya mismo.

—Dejalo, má. Está con los pájaros.

—Si no vuelven a la hora de cenar, los encierro de castigo.

—¿Qué pasa, Laura, estás rezongando de nuevo?

—Pero, Juan, ¿vos viste el nido de ratas que apareció en el jardín esta mañana?

—Ya hablamos de este tema. Solo están jugando.

—¿Y si los atacan?

—Con ellos no se meten. ¿Tomaste las pastillas?

—Sí.

—¿Cuándo tenés terapia?

Me quedo mirando por la ventana del *living* hacia los árboles. No puedo dejar de comerme las uñas.

—Vamos, cambiá la cara. Disfrutemos del feriado en paz. ¿Venís a caminar con los perros?

—No, andá vos. Estoy cansada.

Juan se pone repelente, toma la guadaña, se engancha un GPS en el cinturón, hace un chiflido y nuestros cinco labradores corren a su encuentro.

En medio del jardín, mi padre fuma sentado dentro de la cápsula antimosquito que le regalé. Está en su mundo. La nube de insectos voladores se agolpa contra el tejido que lo protege y se dispersa con cada anillo de humo que exhala de su habano. Se divierte cuando los bichos se alejan un poco y rezonga bajito cuando vuelven en cada pitada. Con tanto insecto pegado en las paredes de la cápsula no se debe ver ni el cielo.

—¿Papá estás cómodo? Parecés un nene jugando con los bichos —le digo casi a los gritos.

—Vení, hija. Hay lugar acá adentro.

—Estoy preparando la cena.

Cuando Juan vuelve de la caminata se sienta en el escalón de la sala y empieza a sacarles las pulgas y las garrapatas a los labradores.

—Cortala con los perros. No soporto el olor de ese aerosol. Andá a buscar a los nenes y llamá a papá para que vengan a comer.

—¿Por qué cenamos tan temprano?

—Mañana tengo una consulta médica a las ocho. ¿Podrías acompañarme hasta la clínica?

—Claro que puedo, aunque te haría bien salir un poco sola.

Dejo el repasador en la mesada, apago el fuego de la hornalla, paso por al lado de Juan, que sigue limpiando a los perros y abro, decidida, la puerta que da al jardín. Escucho que él apoya el aerosol en el piso y viene hacia mí. Hace años que no salgo. Apenas lo hago, los insectos forman una nube alrededor de mi cuerpo. El zumbido de los mosquitos es intenso. Siento cómo me pican las piernas, los brazos. Espanto los que tengo en la cara sin dejar de caminar.

—Laura, ¿te acompaño? ¡No te pusiste repelente!—dice Juan, desde la puerta.

Miro al cielo, paso junto a la cápsula de mi padre y me dirijo hacia el sauce, que se ha triplicado en tamaño. Avanzo frotándome los brazos para dispersar los insectos que tengo sobre la piel. Me dan asco los camalotes y las ranas que se adueñaron de la piscina. Tengo el corazón latiendo tan fuerte que consigo escucharlo. Yo puedo hacerlo, yo puedo hacerlo, me voy repitiendo mentalmente para no aflojar. Es el mantra que elegí en la terapia de grupo. Antes de meterme debajo de la copa del árbol, me distraigo unos segundos por las voces mezcladas con ruidos de hojas que se acercan. Son mis hijos que aterrizan en la otra punta del jardín. Hace meses que me preparo psicológicamente para este momento, no puedo perder el foco, por eso decido ignorarlos. Oigo el chistido típico de Juan, pidiéndoles silencio. Siento que me observan.

Pateo el suelo para espantar un par de ratas que me miran curiosas. Abro las ramas y tengo la sensación de estar entrando en una caverna. Es poca la luz que logra filtrarse. Esquivo una tela de araña y se me revuelve el estómago al ver que todavía tiene la marca de mi serrucho. Respiro hondo, apoyo la panza en el tronco y lo abrazo en un movimiento tenso, rápido, casi sin contacto. En respuesta, el sauce se sacude y me toca suavemente la espalda. Grito como si su reacción

pudiera matarme y me golpeo con todas las ramas en una carrera desenfrenada hasta la casa. Juan entra detrás de mí preguntándome si estoy bien. Dice que está muy orgulloso, que no puede creer que al fin me haya animado. Me da un beso y empieza a sacarme los insectos, que aún tengo pegados en la piel y en la ropa. Yo no consigo articular palabra, intento recuperar el aire sin dejar de mirar al sauce. Veo que Pedro se mete debajo de la copa y, segundos después, reaparece balanceándose en una de las ramas.

—¡Má, no pasa nada! ¿Ves? —me grita sonriente, levantando los brazos.

—Vení, má, salí de nuevo que yo te acompaño a tocarlo —me dice Tomás, mirándome con cierta pena junto a mi padre.

Juan les pide que no me molesten. Fue suficiente por hoy. Recomienda que me pase una crema para picaduras después del baño.

De repente, escucho una carcajada. Es papá, que se ríe con ganas al describir la cara de horror que puse mientras corría hacia la casa. Lo miro con bronca y me refugio en la cocina. Desde la ventana me pide que no me enoje y, enseguida, hace un comentario estúpido sobre el buen comportamiento del sauce. Mientras tomo un vaso de vino, pienso que el viernes tengo terapia de grupo. Cuánto celebrarían ellos lo que acabo de hacer.

Los chicos y papá se acercan a la mesa. Juan aparece en la cocina y pregunta en qué puede ayudar. Le pido que vaya sirviendo la comida mientras me doy una ducha. Subo las escaleras y me encierro en el baño. Tengo el cuerpo lleno de ronchas. No soporto más el DON. Del segundo cajón, entre las toallas de mano, saco una cajita con un test de embarazo. Orino siguiendo las instrucciones que me sé de memoria y el test marca las dos rayitas. Sentada en el inodoro pienso en los dieciocho meses. Escondo el test en el fondo del mueble y agarro el blíster de comprimidos amarillos. Cuento los que quedan y me miro la panza.



© del texto: Gabriela Teresa Colombo, 2022  
© de esta edición: Milenio Publicaciones S. L., 2023  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
www.edmilenio.com  
editorial@edmilenio.com  
Primera edición: marzo de 2023  
ISBN: 978-84-9743-987-9  
DL: L 25-2023  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL  
www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.